

Gabriel Macotella

A propósito del orden y del arte

Arnoldo Kraus

El orden es una invención humana necesaria. No sólo porque el caos atemoriza, porque la entropía supone el fin del mundo o porque el anarquismo demostró desde hace muchos años que no es buen remedio: en sus tierras el dolor se reproducía con mayor celeridad que en las tierras vecinas. El orden existe porque sin él las fracturas de nuestra especie serían mayores; existe porque, al igual que Dios, infunde temor, respeto, conciencia y límites.

Los límites son brazos del orden y referencias obligadas para moverse en la vida y dentro de la vida. El ser humano los requiere para normar conductas y para hablar. Los necesita porque cada vez son mayores los desencuentros entre los seres humanos; si no hubiese límites —aunque sean en papel, aunque giren en torno a Dios— es seguro que cada día habría más decapitados, más mujeres asesinadas, más seres desgajados *in utero*.

En las bellas artes las reglas son distintas: el orden de los elementos puede ser independiente del orden de las ideas. Hay quienes escriben novelas a partir del último capítulo. Algunos moldean cuerpos de barro sorbiendo las historias de objetos muertos o castigando a *su Golem* tantas veces como sea necesario hasta llegar a la idea final. Otros trazan partituras en la memoria porque los cuadros pautados nunca son suficientes y hay quienes florecen en el desorden porque el orden enmohece la libido y seca la creatividad. En las bellas artes primero hablan alma y deseo; después se le otorga la palabra al orden.

El orden en el arte cobija ideas, crea formas y se nutre por lo que ve y por lo que sabe; se reproduce también por lo que no sabe y por lo que no ve pero imagina. Ese orden

es laxo: puede fracturarse y desoírse tantas veces como sea necesario. Crece en las heridas y en los desencuentros; madura en la tranquilidad y en la escucha. Seguramente esa es una de las razones por las cuales la mayoría de los artistas rompe, despinta y borra más de lo que termina. ¿Cuántas toneladas de bellas artes han sido sepultadas antes de nacer? ¿Cuántas de ellas eran suficientemente acogedoras para el otro, para quien las tocó pero no para quien las elaboró?

El arte, antes de ser factura terminada, permite que el desorden arroje el alma y que ésta se fugue y regrese cuantas veces sea indispensable; el alma fundida en el arte es un caleidoscopio infinito. Borrar, enmendar, tirar y romper son parte del desorden del artista que finalmente deviene de la creación, del sentido a la cotidianeidad y del lenguaje. Son fragmentos de ese bienhechor desorden cuya vida imprime a la existencia del ser humano la capacidad de gozar y de perderse.

Gabriel Macotella es un buen ejemplo del *modus vivendi* implícito en el tiempo del arte y del desorden que le exige explotar para vivir en sus cuadros, en sus esculturas y en sus trazos oníricos. Es un ejemplo del desorden como esqueleto de la pintura. Sus cuadros y sus esculturas son testigos de la simbiosis entre el arte que fluye cuando el orden y el desorden dialogan. En Macotella no existe la numeración: perderse y romper las reglas es su regla. La idea del orden puede ser absurda: el número uno no siempre antecede al dos. Su obra, en ocasiones ordenada, a veces desordenada, plagada de ambientes lúdicos y de habitaciones hambrientas, impide, por fortuna, que el tiempo demuela la vida.